

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales, en París, E. A. Lorelle, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. G. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Miércoles 14 de Mayo de 1890.

¡NO MAS VIRUELAS!

En vista de los felices resultados obtenidos de la inoculación de la linfa, vacuna procedente del Instituto de Murcia, se han traído cristales para la venta en la farmacia de la Sra. Viuda de Martí.

Para mayor seguridad se renuevan cada 15 días. Precio 3 pesetas. Mayor 28.

EL CAPITAL Y EL TRABAJO.

Algo extraordinario, algo excepcional debe acontecer en el mundo financiero, á juzgar por la situación de los negocios y de los grandes mercados.

A la crisis monetaria con que cerró el año 1889 ha sucedido una reacción notable, tanto, que en estos momentos se ofrece el rarísimo caso de que las grandes plazas, París, Londres, Berlín, etc., rebosan de capitales, que se ofrecen baratos á la especulación y aguardan el momento de entrar en actividad.

Sin embargo, el mundo financiero no responde en un tal estado de cosas; y aquí está lo incomprendible de la cuestión: no hay aplicación á inmensos capitales acumulados.

No puede atribuirse á temores de trastornos europeos, cuando todos y cada uno de los jefes de Estado han declarado y declarado que la paz está asegurada; cuando, por el contrario, ha sonado la mágica palabra *desarme*, que seguramente no se hará efectiva ni hoy, ni nunca quizá, pero que supone tan solo acariciarla, una firmísima convicción de que la guerra no puede ser, hoy por hoy, solución á los conflictos pendientes.

Los timbres socialistas se han disipado; las huelgas, vencido; el comercio se muestra pujante y la industria floreciente en casi todo Europa.

Así lo denuncia el tráfico ferroviario internacional, la navegación de altura, el movimiento en los principales puertos y las estadísticas comerciales de los países que, por su índole, marchan á la cabeza de Europa.

No hay nada, absolutamente nada, de carácter grave en los horizontes de la política europea que justifique ni explique el marasmo en que vivimos; la inactividad de las grandes masas de capitales acumulados en los centros principales, que solo esperan la voz de *marcha*.

¿Cómo se explica, pues, la situación del mundo financiero?

Hay que ahondar en cierto género de consideraciones para ver con alguna claridad en esas profundidades.

Un hecho de orden socialista viene informando el movimiento del mundo del trabajo, hasta el punto de sembrar la alarma en todas las actividades de la industria y del comercio.

Las huelgas de los mineros han sido por mucho tiempo la espada de Damocles para las grandes industrias y para el tráfico universal.

Ese cuarto estado como le llaman algunos, viene años ha empeñado en sus reivindicaciones, que defiende á palmas y con un tesón admirable, gracias al cual ha llegado á conseguir una satisfacción, si no

completa y absoluta, cuando menos lo bastante para crear una situación que señale un largo paréntesis, un descanso al pugilato entre el capital y el trabajo, tan tenaz y peligroso cual se ha presenciado en el centro y norte de Europa.

Hoy los obreros mineros han conseguido llegar á un convenio, en virtud del cual se les aumenta el 10 por 100 en sus salarios, 5 por 100 de presente, y el resto á los comienzos de Agosto.

EL SECRETO DE LA METEMPSICOSIS

De la notable y popular revista científica «La Naturaleza», que con creciente y justificado buen éxito se publica en Madrid tomamos el siguiente curioso artículo:

«Con el nombre de «Metempsicosis» se exhibe en la calle de Alcalá un curioso fenómeno de óptica, presentado por el profesor Aycardy.

Consiste en la transformación de un busto de mármol en otro de carne, que habla, que ve y oye, y que á su vez se cambia en una repugnante calavera, de la cual salen, ó destiellan con flores, ó redomas con dorados pecillos, queriendo acaso demostrarnos con esto su autor el cielo inmenso en que se mueve la materia, donde nada se aniquila ó destruye, y donde todo se transforma y cambia.

Y así como en la vida del mundo la muerte no es más que una forma de esa vida, puesto que es una nueva serie de combinaciones que se efectúan en la materia, sin que nada desaparezca y sin que nada se cree, pasando siempre por gradaciones insensibles y sucediéndose unas formas á otras, así también en el espectáculo citado vemos al blanco mármol colorearse, teñirse el mate de la piel con el suave rosa de la carne; los ojos del busto brillan y adquieren vida: sus labios se mueven, y la transformación es completa cuando aquella, antes estatua de mármol, convertida ahora en busto de carne, responde á las preguntas formuladas.

Al poco tiempo las facciones se descomponen; las líneas, curvas en un principio, insensiblemente van transformándose en angulosas; y, como si lucharan la vida y la muerte, hay un momento en que, brillando aún la pupila, pero con tenue destello, se dibujan ya los contornos de las órbitas de una calavera. Minutos más tarde, el busto es tan sólo un cráneo, cuya desagradable impresión olvidase al ver las hermosas flores que de él nacen como por encanto, ó como obedeciendo al mandato de la maga Circe.

¿En qué consiste este fenómeno tan curioso como bonito? ¿Cómo se efectúan tales transformaciones de un objeto real en otro sin que la prestidigitación ó la magia intervengan?

Voy á decirlo, y procuraré ser claro y breve, indicando solamente en lo que se basa el experimento.

Sea AB la luna sin azogar de un espejo, ó simplemente un vidrio limpio y delgado, de caras perfectamente lisas, colocado verticalmente pero formando un ángulo de 45º con el plano M

en que el observador E se encuentra; sean O' y O'' dos objetos reales, situados el uno detrás del cristal y á la izquierda el otro; F y F', dos focos de luz, cuya intensidad sea igual, y desús, el primero á iluminar el objeto O' y no el O'', porque impide el paso de la luz la pantalla T, y el segundo á ilu-



minar al objeto O', sin que los rayos lleguen al otro cuerpo por estorbarlo el tabique opaco T.

Si consideramos solamente el cuerpo O, iluminado por el foco F, y prescindimos de todo lo demás, un observador colocado en E verá al través del cristal AB el cuerpo indicado.

Con el cuerpo O' no sucede lo mismo: iluminado por el foco F', los rayos de su imagen van á reflejarse en el cristal en un punto I, y conforme á las leyes de reflexión de la luz, siguen una línea I E, en cuya prolongación hacia atrás, ó sea en O, el observador verá la imagen del cuerpo O' de la misma manera que se ven las imágenes de los espejos.

La ilusión es completa y el cuerpo O' parece estar realmente en O.

Combinando estos dos efectos descritos, de modo tal que cuando la intensidad luminosa de un foco disminuya aumente la del otro tendremos la substitución de un cuerpo por la imagen del otro, y la superposición de líneas de ambos.

Tal es el modo sencillísimo como se obtienen efectos sorprendentes, y con él podemos explicarnos la transformación del busto de mármol en uno de carne y éste á su vez en una calavera, etc., etc.

Inútil creo decir que el cuarto de experimentos debe estar cubierto totalmente de negro; que la distancia del cuerpo O al cristal debe ser igual á la que hay entre el cristal y el cuerpo O', y, por último, que la iluminación de la sala donde están los espectadores, debe colocarse en el techo ó en donde lo indican las letras P y P' de la figura, evitando de esta manera que puedan reflejarse rayos luminosos en el cristal.

Pienso que con estos datos, cualquiera podrá repetir los experimentos que he procurado describir, que no son, en último término, más que un simple y sencillísimo fenómeno de reflexión luminosa en superficies planas y transparentes.

M. Otero Acevedo.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

ZARAZA

Charada

Era dos prima lo afirmo como hay Dios, una barca pintada de prima dos.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

EL ORDENANZA

El cementerio, lleno de militares, ofrecía el aspecto de un campo florido. Los kepis, los calzados rojos, los galones y los botones dorados, los brillantes uniformes del Estado Mayor y los sables, presentaban una nota alegre, en extraño contraste con los cipreses y los mausoleos.

Grupos de oficiales y de húsares pasaban por entre las negras y blancas cruces que abrían sus tristes brazos, de hierro, de mármol y de madera, sobre el húmedo cobertizo de los muertos.

Acababan de entrar á la mujer del coronel Limousin, la cual dos días antes se había ahogado cuando tomaba el baño.

Todo había acabado; el cura ya se había marchado, mas el coronel, protegido por dos oficiales, estaba preso entre ambos subalter-

nos, ante la fosa, en el fondo de la cual se veía la negra caja que guardaba el ya descompuerto cadáver de su joven esposa.

El coronel, que era casi un viejo, alto, flaco, de blancos bigotes, se había casado hacia tres años con la hija de un camarada huérfano desamparado; el matrimonio se realizó después de la muerte del padre de la señorita, el coronel Sotis.

El capitán y el alférez, sobre los cuales se apoyaba el coronel Limousin, hacían lo posible por apartarle de allí: él resistió, con los ojos llenos de lágrimas, que por heroísmo no dejaba correr, y murmuraba:

—No, todavía no; ¡un instante!

Quería quedar allí, al pie de aquella fosa, que á él le parecía sin fondo; un abismo, un abismo donde había caído para siempre su propio corazón, su vida, todo lo que le quedaba en la tierra.

De repente el general Ormont, aproximándose, le cogió del brazo y le arrastró tras sí, diciendo:

—Vamos, amigo mío, mi viejo camarada, salgamos pronto de aquí.

El coronel obedeció, dirigiéndose á su casa.

Al abrir la puerta de su gabinete vió una carta sobre la mesa de trabajo. Al tomarla, desmayóse de sorpresa y de emoción; había reconocido la letra de su mujer.

La carta tenía el timbre y la fecha del día anterior.

Resgó trémulamente el sobre y leyó:

«Permite que por vez primera te dé el dulce nombre de padre.

Cuando recibas esta carta yo ya estaré muerta y enterrada.

Entonces tal vez me puedas perdonar.

No intentaré conmoverte ni atenuar mi falta.

Tan sólo quiero decirte, con la sinceridad de una mujer que va á matarse, la verdad, toda la verdad.

Cuando por generosidad te casaste conmigo, yo te entregué el cuerpo y el alma con toda la gratitud de que es susceptible el corazón de una mujer. Te amé tanto, ó casi tanto como á mi propio padre; y un día, estando sentada en tus rodillas, me besaste y con profundo afecto te llamé padre.

Fue aquel un grito del corazón, un grito instintivo, espontáneo: porque realmente, tú eras para mí un verdadero padre, nada menos de lo que puede ser un padre. Tú soncaste y me dijiste:—Trátame siempre así, que me das un gran placer.

Llegamos á esta ciudad y, perdóname, mi buen amigo, mi padre, aquí me sentí enamorada! Oh, resistí durante mucho tiempo, más de dos años, entendiéndolo bien, dos años, más por fin... cadí; fui culpable, muy culpable. En cuanto á ti, no podrás adivinar quien era... Estoy tranquila acerca de este punto...

porque eran doce los oficiales que nos rodeaban constantemente y á los que yo llamaba mis doce constelaciones. Padre, no procures conocerle ni le oigas. Hizo lo que cualquiera otro hubiera hecho en su lugar; además estoy bien segura de que me amaba con todo su corazón, más óyeme. Habíamos convenido cierto día en una conversación que había de verificarse en la isla de los Galineiros: ¿sabes? la pequeña isla al lado del molino. Yo debía ir en un bote, él había de esperarme oculto entre el espeso follaje y allí se quedaba hasta entrada la noche para que nadie le viera salir.

Al mismo tiempo de encontrarte, de repente, por entre las ramas del bosque, descubrimos á Felipe, tu ordenanza!

Comprendí que estábamos perdidos, y lancé un agudo grito; entonces mi amante me dijo: